

Antagonismo, identidad y diferencia. La construcción del enemigo político como puente discursivo de inserción en el gobierno de los movimientos sociales “nacional populares”

Por **Mauricio Schuttenberg**

Mauricio Schuttenberg es Magister en Ciencia Política y Doctorando en Ciencias Sociales en FLACSO, Becario de CONICET e investigador de la UNLP. JTP de Historia de las Ideas y los Procesos Políticos de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP.

Resumen

El objetivo del trabajo es indagar la evolución de una parte de los movimientos sociales que habían protagonizado la oposición al modelo neoliberal a partir de mediados de los noventa. Luego con la recomposición de la autoridad presidencial y del funcionamiento rutinario del sistema político, las organizaciones piqueteras se vieron ante el desafío de reubicarse frente a un contexto de reflujo de la movilización y, fundamentalmente, a redefinir sus estrategias políticas frente a un gobierno que construyó rápidamente su legitimidad de ejercicio apelando a la oposición al modelo neoliberal a través de un imaginario productivista y distributivo que recuperaba buena parte de las demandas que habían permitido la articulación de la protesta. (Peyra, Pérez y Schuster, 2008).

Este proceso abierto en 2003 y la dinámica política de las organizaciones sociales que se insertan en el kirchnerismo ha sido abordado desde lo que denomino la hipótesis de “la cooptación”. Además de la pasividad que supone en los actores, este enfoque, también basado en una mirada “desde arriba” del proceso político, no posibilita comprender la heterogeneidad del campo “nacional popular” que, como se intenta mostrar en el presente artículo no es un espacio político homogéneo sino más bien diverso en tradiciones, trayectorias, interpretaciones y posicionamientos.

Consideramos que recuperar la historia y los antagonismos que los movimientos construyeron nos debelará los elementos simbólicos que se retomarán luego para realizar “el pasaje” al “kirchnerismo”.

En este artículo se propone entonces explorar los límites y fronteras de la identidad política de las organizaciones que conformarán luego el Movimiento Evita y el Movimiento Libres del Sur para entender, a partir de la construcción del antagonismo y sus diferencias con otras organizaciones, la operación política de inserción en el kirchnerismo. Para ello se analizarán documentos y entrevistas realizadas con militantes de ambos movimientos.

Abstract

The aim of this work is to investigate the evolution of a part of social movements who had played the opposition to the neoliberal model from the mid-90s. After the reorganization of the president's authority and routine operation of the political system, organizations piqueteros were repositioned and the challenge of facing a reflux of the mobilization and essentially redefine their political strategies against a government that built quickly exercise of its legitimacy by appealing to the opposition to the neoliberal model through an imaginary productivity and that distributive recovered much of the demands that had enabled the articulation of protest.

The process opened in 2003 and the political dynamics of social organizations that are inserted into the kirchnerismo has been approached from so-called hypothesis of “cooptation.” In addition to the passivity of the actors involved, this approach, also based on a view “from above” of the political process, not possible to understand the heterogeneity of the “national popular”, as I try to show in this article, is not homogeneous political space but rather in different traditions, backgrounds, interpretations and positions.

We believe that recovering the history and antagonisms that the movements we should and we build the symbolic elements that are then taken up for “passage” to “kirchnerismo”.

In this article we then explore the limits of the political identity of the organizations that will then avoid the Movimiento Evita and the Movimiento Libres del Sur to understand, from the construction of antagonism and its differences with other organizations, the political operation insertion in kirchnerismo. We analyze documents and interviews with activists from both movements.

Palabras Clave: *movimientos sociales-identidad-peronismo-antagonismo-kirchnerismo*

Introducción

A partir de la asunción de Kirchner, en 2003, se produce un cambio del escenario político que genera una importante modificación en el modo de vinculación entre Estado y organizaciones de desocupados. En efecto, el gobierno implementa una política transversal que incorpora a algunos movimientos piqueteros en sus filas.

Surge entonces a partir de la conformación del nuevo gobierno nacional la pregunta acerca de las relaciones entre éste y las organizaciones de desocupados. ¿Cuál es el posicionamiento estratégico de las distintas vertientes del movimiento piquetero frente al gobierno en el nuevo marco de oportunidades políticas y en qué medida las estrategias planteadas por las distintas organizaciones de desocupados producen altos niveles de conflictividad dentro de este movimiento?

En este artículo¹ se propone entonces explorar los límites y fronteras de la identidad política de las organizaciones que conformarán luego el Movimiento Evita² y el Movimiento Libres del Sur³ para entender, a partir de la construcción del antagonismo y sus diferencias con otras organizaciones, la operación política y estratégica de inserción en el kirchnerismo. Para ello se analizarán documentos y entrevistas realizadas con militantes de ambos movimientos.

Para Laclau (2005) en la conformación de las identidades no hay una totalización sin la exclusión. La constitución de una identidad política requiere la división antagónica de la sociedad en dos campos —uno que se presenta a sí mismo como parte que reclama ser el todo—, en oposición a otro que sería la versión contraria de los intereses populares.

Así se mostrará en primer término una dinámica de la historia circular cuyos conflictos actuales constituirán el emergente de un proceso histórico conformado por dos campos antagónicos. Más específicamente se profundizará en la identificación

de un enemigo “directo” en “la derecha” u “oligarquía”, un enemigo “interno” dentro del peronismo, un enemigo “externo” en el plano internacional, y por último, una diferenciación “dentro del campo popular” encarnada en el debate que mantienen con lo que consideran una izquierda “dogmática”.

Cómo pensar la identidad y los antagonismos

El proceso abierto en 2003 y la dinámica política de las organizaciones sociales que se insertan en el kirchnerismo ha sido abordado desde lo que denomino la hipótesis de “la cooptación”. Esta tiene dos formas: la primera más extrema habla de cooptación lisa y llanamente y una segunda que tiene como base el mismo supuesto pero no es tan tajante en su formulación. En ella se habla de cómo el Estado determina la acción colectiva a partir del manejo de los programas y subsidios estatales. Ambas comparten la limitación de ver un actor pasivo en los movimientos sociales insertos en el kirchnerismo. De esta forma o fueron cooptados o fueron manipulados e inducidos por el Estado. Además de la pasividad que supone este enfoque también basado en una mirada “desde arriba” del proceso político, no posibilita comprender la heterogeneidad del campo nacional popular que, como se intenta mostrar en esta presentación, no es un espacio político homogéneo sino más bien diverso en tradiciones, trayectorias, interpretaciones y posicionamientos.

Creemos que esta hipótesis de “cooptación” niega la producción política de los actores y, por lo tanto, aparece como insuficiente y simplificadora para dar cuenta del posicionamiento y acción colectiva de un número importante de organizaciones.

Consideramos que recuperar la historia y los antagonismos que los movimientos construyeron nos debelará los elementos simbólicos que se retomarán luego para realizar “el pasaje” al “kirchnerismo”. Se plantea entonces un rastreo de los sentidos y significados “nacional-populares” en el con-

1 El presente artículo constituye un avance de la tesis de doctorado en Ciencias Sociales de FLACSO “Identidades y subjetividades nacional populares. Estudio de los movimientos sociales insertos en el kirchnerismo 2003-2008”, dirigida por el Dr. Aníbal Víguera y codirigida por el Dr. Martín Retamozo.

2 Dentro de la confluencia de organizaciones y movimientos que en 2005 formarán el movimiento Evita se encontraban el Movimiento de Trabajadores Desocupados Evita, el MTD Resistir y Vencer, las 4 P (Pan y Poder para el Pueblo), una escisión de MPRQ (Movimiento Patriótico Revolucionario Quebracho), el MP 20 (Movimiento Patriótico 20 de Diciembre), la organización estudiantil 20 de Febrero (fecha que hace a alusión a la lucha de resistencia a la implementación de la ley de Educación durante febrero de 1996), Peronismo que Resiste y sectores del Partido Justicialista.

3 El movimiento Libres del Sur se lanzó oficialmente, el 27 de abril de 2006, en un acto en el Centro Costa Salguero de la Ciudad de Buenos Aires. El movimiento se conformó a partir de la fusión del Movimiento Barrios de Pie (brazo territorial de la Corriente Patria Libre), la Corriente Patria Libre, el Partido Comunista Congreso Extraordinario, la Agrupación Martín Fierro, el Frente Barrial 19 de Diciembre y la Agrupación Envar el Kadri.

texto de su enunciación que luego, en el marco de la recomposición hegemónica que implicó el gobierno de Kirchner (Retamozo, 2006; Muñoz y Retamozo, 2008; Biglieri y Perelló, 2007), se reactivarán y cobrarán un nuevo sentido articulando a las organizaciones en ese proyecto.

Estos autores se centran en el estudio de las identidades y cómo estas se construyen en el discurso. Parten de la categoría de hegemonía y analizan cómo se constituye un determinado orden social a partir de la articulación de demandas e identidades políticas.

En este marco, interesa pensar a los movimientos sociales como forma de intervención de los sectores subalternos en la disputa por el orden social. De esta manera, se parte de la idea que las condiciones estructurales no derivan mecánicamente en la acción colectiva, sino que esta se da a partir de la construcción de una identidad política que supone una operación compleja no reductible a lo estructural. (Schuster, 2005)

Lo interesante del planteo es que permite comprender como una nueva acción sitúa a un movimiento “viejo” en la posición de asumir su propia recreación; no se trata solamente de la expresión o manifestación de la existencia previa, sino también –y especialmente– de una nueva instancia de producción de identidad. Se abren allí nuevas preguntas: ¿Cómo son las instancias de producción de identidad? ¿Cuáles fueron los quiebres en esas producciones y qué hechos las marcaron?

Desde esta perspectiva se propone analizar los discursos de los movimientos sociales como parte de un proceso de articulación hegemónica que implica el paso de demandas particulares a la construcción de identidades (Laclau, 2005).

Adentrarnos en esta tarea supone explicitar una serie de conceptos teóricos que servirán como punto de partida para analizar el posicionamiento de los movimientos sociales y su devenir histórico desde sus orígenes a su inserción en el kirchnerismo.

Ese esfuerzo de estructurar la diversidad es lo que Laclau (1990, 2005) denomina como hegemonía. El terreno de la constitución de la hegemonía es el discurso, es decir, requiere de una operación hegemónica significativa orientada a la articulación de elementos. Retoma como central la categoría de discurso puesto que se entiende a la sociedad como discurso a partir que es una ordenación particular de elementos. Discurso en términos de Laclau es el conjunto de relaciones sociales y producciones de sentido que componen determinada sociedad.

Lo social es entonces el campo en donde se da la lucha por la hegemonía que es una lucha política. En este marco lo político se concibe como un modo de relación entre colectivos humanos –la relación de tipo amigo-enemigo– en vez de fenómeno que surge en un sitio o esferas específicas. (Arditti, 2005).

En realidad debemos pensar lo social y lo político en relación al momento de institución y el de lo instituido. Para Laclau (2005) lo instituido corresponde a algo más que un subsistema, lo llama el campo de lo social, expresión que designa a las formas sedimentadas de la objetividad, en tanto lo político es el momento de institución originaria de lo social que es absolutamente contingente. La relación dinámica de estos dos conceptos es la que interesa analizar en la compleja trama de la constitución de las identidades políticas.

El objetivo del autor es mostrar que el conflicto es producto no de una contradicción intrínseca de la sociedad, sino de la posibilidad de construir un antagonismo a partir de una serie de demandas que se articulan en una cadena de equivalencias. En esa cadena equivalencial, una de esas demandas suspende su particularidad tomando un significado suplementario. Este “suplemento” puede articular demandas formalmente diferentes en una nueva subjetividad y desafiar una constelación de poder dada.

La equivalencia de estas demandas también requiere la producción de efectos de frontera o anta-

gonismos para separar un adentro y un afuera y por ende demarcar el abanico de fuerzas que se va a aglutinar en un nosotros de amigos para enfrentar a sus adversarios. (Arditti, 2007). La noción de diferencia permite pensar en la constitución de una exterioridad que conforma una identidad. Al definir un enemigo común, una formación política debilita y cuestiona sus diferencias internas y se constituye como totalidad a través de la lógica de equivalencia. Es precisamente esa lógica la que impide que toda identidad social sea plenamente constituida, en la medida en que la definición de un exterior implica su debilitamiento en tanto diferencias internas.

Lo que Laclau y Mouffe (2004) buscan es una ruptura con el determinismo, el reduccionismo y el esencialismo, por ello el concepto de hegemonía es una forma política que acepta la contingencia y reconoce el carácter incompleto de cualquier totalidad. Es por ello que se planteaba anteriormente que la hegemonía tiene como resultado un orden precario, un intento de cristalización de un orden, es una sutura coyuntural que está abierta a la disputa.

Pensar lo político en éstos términos nos abre la posibilidad de analizar cómo los diversos grupos van reestructurando sus identidades y sus posicionamientos y cómo la constitución de límites y antagonismos posibilita el realineamiento de fuerzas y la rearticulación en busca de un nuevo intento de "sutura" del orden social.

Hay política cuando hay de un lado, dislocación, y del otro lado, reinscripción, es decir, especialización o hegemonización de esa dislocación (Laclau, 1997: 140). En ese marco, define las identidades como un conjunto de elementos que adquieren su significación, función o lugar a partir de sus posiciones diferenciales. Desde este esquema no existen elementos que se puedan definir a partir de sí mismos por su positividad, sino a partir de las relaciones que mantienen con otros elementos. El exterior constitutivo viene a jugar un rol central en la explicación. Si el sistema (de ahora en más sinónimo de identidad,

estructura y orden social) es un conjunto diferencial, es necesario imponer una frontera que permita mostrar qué está dentro y qué no pertenece a éste. Por ello, es necesario un elemento excluido para definir las fronteras. (Muñoz, 2006: 124)

Lo central del aporte de la idea de exterior constitutivo es que le permite a Laclau introducir el concepto de dislocación. Este representa una herramienta conceptual para entender por qué los sistemas sociales se encuentran en el punto de intersección entre las lógicas de imposibilidad/amenaza. La idea de dislocación se centra en el momento de fracaso de la estructura, de forma que es un quiebre en la capacidad de dar sentido. Es el momento de interrupción del discurso que marca la imposibilidad de simbolización dentro del marco de referencia del mismo. Ese es el momento de pura eventualidad, puesto que no puede ser contenida por ningún discurso que de sentido. Es a su vez la instancia de libertad, ya que constituye el momento de la decisión real que el momento de la aparición del sujeto. Lo interesante es que a ese momento de apertura le sigue un intento de cierre discursivo. El antagonismo representa un intento de dominación discursiva de la dislocación (Muñoz, 2006: 126).

El concepto de dislocación es fundamental para comprender la constitución de los antagonismos, pero a la hora de estudiarlos es fundamental dar cuenta de los significantes que existían en el espacio social cultural que permitieron la constitución de éstos. En esta mirada la idea de antagonismo es central puesto que el análisis de los límites que los movimientos construyen guardará relación con las articulaciones posibles y las que no lo son y, éstas, a su vez transformarán la identidad de los mismos. Este enfoque nos permitirá interpretar los distintos realineamientos que las organizaciones realizan como una lucha hegemónica y distanciarnos de las interpretaciones más verticalistas que hablan de cooptación y manejo del Estado a los movimientos sociales a través de programas sociales.

En este sentido, Laclau (1987, 2005) utiliza el concepto de dislocación para pensar los momentos donde la sutura hegemónica se desestabiliza y deja lugar al reposicionamiento de los actores que reconstruyen el orden y sus identidades. Esta última cuestión es central para nuestro análisis. El gobierno que llegó al poder en 2003 implicó un reordenamiento de fuerzas, dislocó las articulaciones existentes y dio espacio para la confluencia y articulación de organizaciones que habían estructurado sus identidades en torno a demandas de carácter revolucionarias y el propio gobierno. Esta articulación, como se analizará en el desarrollo de la tesis, implicó una transformación de esas identidades “revolucionarias” en busca de una articulación bajo el significado nacional y popular.

De este modo, la emergencia de antagonismos abre la posibilidad de la reconfiguración del orden social. La contingencia e historicidad de las posiciones subordinadas y su potencial para –mediante la construcción de antagonismos– configurarse como opresivas nos abre un campo de estudio fundamental para comprender los conflictos sociales y las movilizaciones colectivas (Retamozo, 2006).

La pregunta que surge inmediatamente es ¿cuáles son los antagonismos que los movimientos sociales construyen en su inserción en el kirchnerismo? ¿Cuál es la operación hegemónica que construye ese acercamiento?

Para responder estas preguntas son centrales, las categorías que Laclau (1990) retoma de Husserl que son la sedimentación, que es la rutinización y el olvido de los orígenes y la recuperación de la actividad constitutiva del pensamiento que la denominó reactivación. El momento de institución originaria de lo social es el momento en que se muestra su contingencia ya que, esa institución, sólo resulta posible a través de la represión de alternativas que estaban igualmente abiertas. En la medida que un acto de intuición ha sido exitoso, tiende a producirse un olvido de los orígenes. De este modo lo insti-

tuido tiende a asumir la forma de una mera presencia objetiva, es el momento de la sedimentación (Laclau, 1990: 51).

Ahora bien, el momento de la reactivación no puede ser una vuelta a los orígenes, al sistema histórico de posibilidades alternativas que fueron desechadas sino que es el redescubrimiento, a través de nuevos antagonismos del carácter contingente de la objetividad. Es decir, existe una “reactivación de lo sedimentado pero en un nuevo contexto relacional, por lo tanto, la identidad necesariamente “mutará” o “evolucionará” hacia nuevas formas que articulan esa objetividad sedimentada y su reapertura.

“Si uno de los ejes teóricos del constructivismo fueron la historicidad y las contingencias de los fenómenos sociales, resulta necesario subrayar que la historia es cambio a la vez que sedimentación. Justamente necesitamos articular teóricamente los conceptos de experiencia y de sedimentación, mostrando que la tensión entre lo sedimentado y lo contingente se vincula a que cuando se plantean disyuntivas, no todos los caminos son imaginables y por lo tanto, posibles. La sedimentación no es sólo conocimiento; es sentimiento, parámetro cognitivo y, en ese sentido, coacción simbólica” (Grimson, 2004: 182).

El objetivo de este autor es mostrar que las identidades no son esencias pero tampoco son construcciones estratégicas sino que son el resultado de la sedimentación y la elaboración de experiencias históricas. Surge entonces la pregunta acerca del diálogo entre lo “sedimentado” y el momento de la “reactivación”. Cómo se produce y cuáles son sus alcances. ¿Existe un “núcleo duro inalterable” o la reactivación o fracaso del intento de sutura genera una revisión de toda la identidad? ¿Cuáles son los límites que plantean lo sedimentado y la experiencia histórica al proceso de identificación más contingente y coyuntural? Aquí hay un campo poco explorado que se intentará profundizar a par-

tir del estudio empírico que se propone. ¿Cuáles son los elementos identitarios que se mantienen a lo largo de las sucesivas reactivaciones? ¿Cuál es la relación entre lo instituido y lo instituyente cómo se manifiesta esa dialéctica?

Lo que se propone entonces es retomar la categoría de hegemonía analizarla en dos dimensiones que operan en forma simultánea. La primera operaría en lo que denomina articulación de significantes flotantes. Un significante flotante es ambiguo por su amplitud y tiene la característica de articular otros significados en una cadena de equivalencias. Hegemonizar un contenido equivaldría a fijar su significación en torno a un punto nodal. De esta forma el campo de lo social podría ser visto como una guerra de trincheras en la que diferentes proyectos políticos intentan articular en torno de sí mismos un mayor número de significantes sociales. De la imposibilidad de lograr una fijación total se derivaría el carácter abierto de lo social. La necesidad y objetividad de lo social dependería del establecimiento de una hegemonía estable y los períodos de crisis orgánica serían aquellos en que se debilitan las articulaciones hegemónicas básicas y, en que un número cada vez mayor de elementos sociales adquieren el carácter de significantes flotantes. Es imposible que una fuerza social pueda imponer su dominio hegemónico de un modo completo (Laclau, 1990: 44).

En este sentido, diversos estudios realizan un análisis más coyuntural de la acción política de los movimientos sociales y caen, al no tomar en cuenta la historicidad de estos, en hipótesis reduccionistas como la de la cooptación de los movimientos de parte del Estado. Ella supone una mirada que deja de lado los procesos de constitución de identidades en base a rearticulaciones políticas. Es interesante además señalar que esta mirada tendría la característica de homogeneizar a los distintos movimientos que toman ese camino político. Lo que se propone en contraposición es la reflexión en torno a la hete-

rogeneidad de distintas trayectorias que confluyen a partir de operaciones discursivas diferentes.

La mirada propuesta consiste en un rastreo de las identidades "originarias" de los movimientos para comprender su inserción en el kirchnerismo como parte de un proceso de dislocaciones, rearticulaciones y construcción de antagonismos. Uno de las cuestiones que se desarrollará en el artículo es el paso de la identidad "nacionalista revolucionaria" a la identidad "nacional popular". Esto no implica sólo una forma de presentación ideológica sino más bien toda una mutación identitaria. Es por ello que el trabajo profundizará en las dislocaciones y articulaciones que hicieron posible ese cambio como así también, las continuidades en ese juego de lo sedimentado y la reactivación, entre la identidad y la subjetividad. Los intentos de rearticulación y reconstrucción implicarán también la reconfiguración de la identidad y subjetividad de los agentes.

En el mismo sentido, el análisis político de los antagonismos y las confrontaciones sociales, las posibilidades de emergencia de los sujetos y las potencialidades de sus luchas no puede analizarse por fuera del campo mismo del orden social y su historicidad constitutiva. Los elementos ligados a las subjetividades colectivas y la producción de experiencias históricas, los mitos e imaginarios compartidos, son aspectos que requieren de una investigación atenta a los procesos históricos por los que atraviesan las sociedades y los ordenamientos sociales (Retamozo, 2006).

La constitución de la alteridad. Las cuatro caras del enemigo político

En este apartado exploraremos los límites y fronteras de la identidad política que construyen los movimientos. Nos introduciremos en las formas de constitución de "el otro". De esta manera, ordenaremos la exposición en torno a los límites que conforman discursivamente la identidad de las organi-

zaciones en cinco instancias: el enemigo directo, el enemigo interno, el enemigo externo, la distinción con la izquierda y, por último, las diferencias dentro de las organizaciones nacional populares.

Mouffe (2007) también entiende lo conflictivo y lo antagónico como lo constitutivo de lo político. De hecho retoma a Schmitt para afirmar que las identidades políticas consisten en un cierto tipo de relación nosotros/ellos. Destaca la naturaleza relacional de las identidades políticas.

En este sentido, el campo de las identidades políticas se trata siempre de un nosotros que sólo puede existir por la demarcación de un ellos. De esta manera, nos introduciremos en las formas que adquieren esas fronteras en los discursos de los movimientos.

Una de las cuestiones que sobresalen a partir del análisis de los documentos y de la prensa, tanto de Libres del Sur como de su organización predecesora más importante Patria Libre y del Movimiento Evita es la idea de reiteración de la historia. Cada momento histórico tiene semejanzas con uno anterior y la lógica de la historia nacional está determinada por la lucha entre un proyecto popular y uno liberal “entreguista”.

“Con la guerra de la independencia nace en nuestra patria el Ejército Argentino. Fue en esa histórica gesta la herramienta militar que los criollos forjaron para liberarse del yugo español, y a pesar de su heterogeneidad supo conquistar el apoyo y la participación activa del pueblo y alcanzar la victoria no sólo en nuestra tierra sino también en Chile y Perú. Fue un ejército libertador.

Sin embargo, andando los años, y en la medida que la oligarquía y la burguesía portuaria fueron imponiendo su proyecto de país dependiente al conjunto de la nación, este carácter progresista del ejército cambió. Luego de tremendas batallas que se extendieron por más de 50 años, las clases que vencieron transformándose en dominantes, lo pusieron bajo su hegemonía y al servicio de su proyec-

to latifundista y pro-inglés. Así, lo hicieron participar en la infame guerra de la Triple Alianza contra Paraguay; en la represión a los últimos caudillos federales; en el exterminio del indio en la campaña del desierto; y más tarde en la represión contra el naciente movimiento obrero.” (En Marcha, N° 4 marzo 1988. FUERZAS ARMADAS: ¿QUÉ QUEDA DEL EJÉRCITO LIBERTADOR?)

La historia es retomada como fuente para desentrañar lo que entienden es el dispositivo de dominación global y local. Así son retomadas las relaciones que desde principios del siglo XIX tenían las oligarquías locales e Inglaterra. Ese proyecto que logra imponerse frente al interior va configurando el campo de fuerzas en los cuales insertarán el conflicto.

En este punto comienza a aparecer otra lectura que toma distancia de la anterior visión del Estado como aparato de dominación. La contradicción que comienza a manifestarse como central pasa a ser la de “Nación o factoría”. En ella la idea de Nación viene de la mano de la posibilidad de desarrollar un proyecto industrial. Precisamente en esa óptica los sucesivos imperios negaron la posibilidad de conformar ese proyecto. Todo comienza en el relato con la conquista española de América.

En ese marco, calificado como de opresión, en el cual el imperio español absorbía las riquezas de sus colonias surge la primer “epopeya liberadora”. Inmediatamente aparece el diálogo con el presente. Allí se exalta el compromiso de aquellos con la traición que les endilgan a la actual dirigencia política.

“Sin embargo, no eran estos pusilánimes o malintencionados –igualitos a los de ahora– quienes iban a triunfar. Otros dirigentes, con San Martín, Belgrano, Güemes y tantos más a la cabeza, fueron capaces de ponerse a la altura que les requería la historia; interpretaron el sentir profundo de sus compatriotas, tuvieron confianza en la justicia de su causa y en el vigor de sus fuerzas y en aquel histórico Congreso, declararon la Independencia Nacional. ¿Cuál fue el pensamiento profundo que los

guió? Que para vencer a un enemigo tan fuerte y tan cruel como la España imperial, el pueblo debía tener señales claras y valientes respecto de la razón de ser de su lucha y de sus sacrificios. Esas señales fueron dadas sin medias tintas por los delegados reunidos en Tucumán: no volveríamos por ninguna razón a ser colonia. Ese es el gran legado que nos han dejado aquellos hombres a las generaciones posteriores de argentinos.

La vida hoy nos vuelve a poner a prueba. Sucesivas dirigencias militares, políticas, empresariales, sindicales, etcétera, entreguistas, sumisas y corruptas, desde hace muchos años han llevado a nuestro país a una pérdida casi total de su independencia, entregándolo a los intereses de otros países imperialistas, en particular de los Estados Unidos, y del capital extranjero” (Revista *En Marcha* N° 183, julio 2002).

Lo que retoman de las jornadas de 1810 es la concepción de unión que este proceso habría desarrollado en distintos sectores de la sociedad en oposición a un enemigo en común. Esta lógica se repetirá y los revolucionarios de 1810 serán reemplazados por las montoneras federales que expresaron el sentir de las economías regionales contra el centralismo porteño. Luego, en la interpretación de la organización, el radicalismo irigoyenista nació al calor de confrontar contra el liberalismo creciente que pretendía a la Argentina como colonia inglesa, el peronismo del 17 de octubre de 1945 expresó más tarde la necesidad de un país soberano y de justicia social ante el imperialismo norteamericano.

Posteriormente, enlazan todos esos procesos con el Cordobazo que es el punto de partida para el surgimiento de organizaciones revolucionarias. En esta lectura lo que tienen en común estos procesos es:

“En cada caso se conjugaron al menos tres elementos de importancia: la inteligencia de hacer confluir en un mismo sentido político a sectores y clases sociales diversas e incluso con contradiccio-

nes entre sí pero unidas a la hora de confrontar contra el enemigo principal; la preeminencia de las ideas políticas capaces de producir esa confluencia o sea aquellas ideas comunes como Nación; y todo ello acompañado del elemento principal que es apoyarse sin temores en el pueblo movilizado –e incluso en algunos casos hasta alzado en armas– para que el norte político no sea tergiversado por aquellos sectores o dirigentes que medran y traicionan, y para que prevalezcan hasta las últimas consecuencias las ideas que le dan sustento al movimiento popular” (Revista *En Marcha* N° 193, mayo 2003, Reflexiones).

El enemigo “directo”. La derecha u oligarquía

La primera de las dimensiones que recortamos es la que denominamos el “enemigo directo”. En esta categoría incluimos el relato de la diferencia. Aquí intentaremos mostrar cómo son representados aquellos que impedirían la formación del proyecto nacional.

Dentro del enemigo aparecen varios grupos y sectores sociales pero, sin embargo, una cuestión los unifica: detener el avance popular. En el relato el enemigo aparece siempre como extremadamente poderoso, con capacidades de organización y poderío militar muy por encima del Pueblo. Sin embargo, en el argumento, el Pueblo tendría la posibilidad de doblegar ese proceso de dominación siempre en cuando logre canalizarse en una fuerza que logre la unificación.

“Todos los gorilas sea del pelaje que sea intentan detener nuestra marcha. Pero cuando los argentinos nos ponemos de pie no es tan fácil voltearnos. Tenemos una larga historia de lucha sobre nuestras espaldas desde los patriotas de San Martín y Gueemes, pasando por las montoneras federales de Rosas y Facundo, por los defensores de la causa contra el régimen de Irigoyen y Moscón, hasta llegar a los descamisados de Perón y Evita, hemos dado largas

muestras de coraje a la hora de defender nuestros intereses. Cuando el Movimiento Nacional se pone en marcha el Pueblo se hace protagonista de la historia por eso no nos cansamos de decirles a todos los gorilas que intentan meter un palo en la rueda: NI LO INTENTEN EL FUTURO ES NUESTRO... " (Editorial, Revista *Evita* Nº 10, octubre de 2006, p. 2).

El apelativo de gorila refiere a un sector también amplio opositor al peronismo. Quizás el enemigo "directo" más significativo es la oligarquía. Este sector es el enemigo histórico del movimiento nacional y se caracteriza por ser irreconciliable la relación con ese actor. Otros sectores cuestionados como la burguesía, dejan algún margen de alianza en el marco del proyecto industrial nacional, en tanto, la oligarquía será un eterno enemigo.

"En Argentina hacia 1976, la clase capitalista se dividía en tres grandes sectores. Primero, los pequeños y medianos empresarios, representados políticamente por la Confederación General Económica. Segundo, los grupos económicos de mayor envergadura: la alta burguesía industrial, de rápida evolución trasnacional. Tercero, la oligarquía agropecuaria, la rancia aristocracia rural agrupada e torno a la Sociedad Rural Argentina. El perfil político, económico y social del golpe militar de 1976 puede adjudicarse a esta última" (Kirchner, el fin de la impunidad y el proyecto nacional, Revista *Evita* Nº 5, marzo de 2006, p. 8).

Desde esta mirada, el objetivo de la oligarquía es la concentración de la riqueza a partir de la implementación de un Estado de corte liberal sin ningún tipo de regulación del campo económico.

Los dos proyectos enfrentados históricamente aparecen como dos concepciones completamente diferentes incluso en el plano simbólico. Allí se retoma la explicación de la oposición al peronismo a partir del temor a perder visibilidad en el escenario político. Este mecanismo que provocaría la unificación de criterios entre la derecha y la izquierda rememora, desde la perspectiva del movimiento, a

aquella "Unión Democrática que en 1946 enfrentó en las urnas, con el respaldo yanqui a Juan Domingo Perón".

El enemigo "directo" provoca una suerte de reacción ante el avance de las masas. En ese marco trazan un paralelo con el 17 de octubre de 1945 en donde los sectores acomodados se habrían sentido "invadidos" por el Pueblo.

"Nada enerva más a los gorilas que una Plaza llena de Pueblo, piqueteros, gordos, intendentes malitos, gente arriada, es decir, una nueva versión del aluvión zoológico. Nosotros vimos a las Madres, a los desocupados y las organizaciones sociales, a los trabajadores, al poder institucional que acompaña este proceso, a un importante sector del Pueblo que se organiza acompañando a nuestro presidente" (Editorial, Revista *Evita* Nº 8, julio de 2006, p. 2).

Ese enemigo que en términos abstractos aparece como la oligarquía se materializa en los nombres de Macri, Sobisch, Menem, López Murphy, Carrió, la Iglesia y otros. "Ellos" temen al poder del Pueblo organizado que está dispuesto a avanzar en el esquema político y económico del régimen de los 90 que "ellos fundaron". En resumen, el enemigo está conformado con los sectores que "se oponen al avance del campo popular".

El enemigo interno

Esta segunda categoría procura integrar las formas que adquiere la diferenciación del movimiento Evita y Libres del Sur con algunos sectores del Partido Justicialista. En este sentido, "la otredad" al interior del "movimiento" está referida fundamentalmente a los sectores del Partido que fueron partícipes del gobierno en los años noventa.

Además, en este plano la distinción se sustenta en la existencia, dentro del peronismo como gran movimiento histórico, de dos grandes líneas: una revolucionaria y otra de carácter conservador, que en la actualidad estaría representada por el "duhaldismo".

En la coyuntura electoral de 2005 se enfrentan el kirchnerismo y el duhaldismo. Desde la perspectiva de los movimientos sociales el espacio que lideraba Chiche Duhalde era la opción anacrónica, nacionalista-peronista, que recoge su bagaje del pasado, “en un intento de restaurar lo perimido y concitar la lealtad de los nostálgicos.

Esa línea aspiraba, desde esta interpretación, a construir por primera vez en la historia de la democracia argentina una formación conservadora con fuertes enlaces en el establishment local e internacional y con base social. Viene a ocupar el lugar de una organización capaz de subordinar a las leyes del juego político “la propensión desestabilizadora del menemismo y sus alianzas estratégicas, resabios del procesismo”.

Hay una distinción que se plantea en el plano de los intereses que las fuerzas dicen representar. La “batalla” se desarrolla en una transición hacia un nuevo sistema de representación política. En ese marco, se entiende, la antigua estructura del PJ conservará un anclaje fuerte en los sectores más carenciados del Gran Buenos Aires y en el interior. “Pero en la construcción del Movimiento nacional no importa con qué rótulo se vista: **lo que identifica no son los símbolos sino los intereses que defienden**”. (La negrita es del texto original) (Las lecciones de la coyuntura electoral, Ernesto Jauretche, Revista *Evita* N° 1, p. 13).

Los enemigos internos se hacen visibles:

“La posición del presidente me parece muy valiente, mucho más de lo que esperábamos, y estamos orgullosos de lo que hace. (...) Se tuvo que sacar a Lavagna, a Duhalde, a Béliz, tipos pesados. Ahora está Scioli, Ruckauf. Se van y llegan otros. Como la mierda del río ¿viste? (...) Nuestro enemigo no está más en la Casa de Gobierno. El enemigo está en otro lado. El enemigo está en Menem, Ruckauf, Duhalde, porque el duhaldismo es una catástrofe, el enemigo está allí acechando.” (Entrevista a Hebe de Bonafini, Revista *Evita* N° 5 marzo de 2006, p 8)

“Para nosotros hoy es impensable decir chau Scioli. Yo no digo que Scioli es nuestro amigo, Scioli es el enemigo adentro pero bueno es así en este momento acá lo necesitamos porque no tenemos otra forma de estabilizar y construir poder.” (Entrevista N° 1).

El cuestionamiento hacia ese “enemigo interno” retoma la cuestión de la burocratización del Partido, en oposición a las banderas de renovación que traería el movimiento. El Partido Justicialista contendría un sector de los dirigentes “entreguistas” de los años noventa que la organización critica. Sin embargo, dicho cuestionamiento no se basa en los nombres o personajes, sino más bien en las prácticas políticas que ellos simbolizan.

“Yo como militante, para mi el enemigo es la consolidación de un modelo de acumulación política que repite el mismo esquema viste que en un momento se habló de la batalla final, la madre de las batallas y yo creo que esa es poder plantar en algún momento una bandera sobre la vieja política. Creo que el peor enemigo es la propia desorganización que es un esquema que se repite en la historia. El gran enemigo es la política de gorro, bandera y bincha, que lamentablemente se instaló en los noventa” (Entrevista N° 3).

El enemigo externo

El enemigo externo está conformado también por diferentes actores difusos que, en la lógica argumentativa del movimiento, amenazan constantemente las posibilidades de desarrollo nacional.

Dentro del abanico de actores sociales que son incluidos en la categoría enemigos “externo” aparecen la burguesía financiera internacional, los organismos multilaterales de crédito (FMI y Banco Mundial), los poderes del imperialismo, las empresas privatizadas, el capital transnacional, etcétera.

Dentro del panorama que plantea la organización, estos poderes se conjugan para impedir el for-

talecimiento del proyecto nacional y debilitan constantemente las capacidades estatales de regulación económica.

“¿A qué nos referimos con el avance del movimiento nacional y popular? De un modo más profundo estamos hablando del crecimiento de la autonomía de la Nación frente a los poderes dominantes de la globalización imperialista que vienen imponiendo su voluntad prepotente a todos los pueblos del mundo. Es decir, avanzar significa en este sentido, romper las cadenas de sujeción a las nuevas condiciones de la dependencia y la sumisión nacional. Atendiendo al eje interno (Pueblo-Oligarquía), íntimamente relacionado con el anterior (Nación-Imperio), el avance implica romper el sistema de exclusión impuesto sobre el Pueblo argentino en tres décadas de infame neoliberalismo” (Política y estrategia, por Marcelo Koenig, Revista *Evita* N° 8 julio de 2006, p. 23).

Los dos ejes de conflicto planteados aparecen relacionados. Al eje interno Pueblo-Oligarquía habría que entenderlo sólo en relación con el de Nación-Imperio. Los sectores oligárquicos se mantienen en esa posición privilegiada a partir de la relación que tejen con los sectores de poder externo. A su vez la oligarquía posibilita a través de poder la llegada de las fuerzas imperiales.

El término globalización, tan recurrente en otros espacios, no aparece en ninguna interpretación del sistema económico mundial. En su lugar es clara la lectura en términos de imperialismo. Se reedita entonces la oposición Nación o Factoría de los años sesenta y setenta. Es más la dictadura se estructura a partir del imperialismo en alianza con la “oligarquía vacuna”.

El país de la muerte, nacido en aquel nefasto 24 de marzo de 1976, se erigió sobre la sangre de muchos de los que no se resignaban a vivir de rodillas. El Imperio despegó sus colmillos desgarrando el rostro cobrizo de nuestra América Latina. Dictaduras, doctrina de la seguridad nacional, operativo Cón-

dor, represión, desapariciones, robo de bebés, los sirvientes del Norte no escatimaron herramientas, por más aberrantes que estas fueran. (...) El genocidio fue el hecho fundante del modelo neoliberal. Un modelo de país para pocos que, aunque se creía eterno, tenía –en realidad– los pies de barro, pues estaba edificado sobre la impunidad y la injusticia. Pero la dictadura, sus cómplices y mentores económicos y políticos, ya perdieron su batalla por las conciencias. El país de la desmemoria y la impunidad empieza a desvanecerse. Hoy tres décadas más tarde podemos gritar con orgullo: ¡No nos han vencido! (No nos han vencido, Editorial, Revista *Evita* N° 5, marzo de 2006, p. 2).

Ese “imperialismo sanguinario” de otras etapas tiene un nuevo rostro en las multinacionales. Existe una crítica a la privatización de las empresas porque “traducido al buen criollo, las privatizadas se quedaron con todo sin poner un mango y llevándose un buen toco de dólares mientras les duró la fiesta”.

En ese marco, se describe a capital transnacional como “un poder que no crea trabajo sino mayores niveles de exclusión ya es algo que todos los argentinos hemos aprendido no sin sufrimiento. Es hora de empezar a preguntarnos cual debe ser el rol de un nuevo Estado nacional en el proceso económico rompiendo de una vez por todas con los mitos neoliberales”. (Las aguas bajan turbias, Marcelo Koenig, Revista *Evita* N° 1, p. 19).

Sin embargo, así como existen enemigos externos, existen sectores aliados en una apelación a una noción de Pueblo más amplia que está conformada por la “Patria Grande” de América Latina. El despertar de Argentina es entendido en el marco del despertar de toda Latinoamérica, dando lugar a una etapa “con viento de cola”.

“Es Latinoamérica, con Lula en Brasil, Chávez en Venezuela, Bachelet en Chile, Evo en Bolivia, Tabaré en Uruguay y aún Alan García. También nace de la memoria que nos traslada a Salvador Allende, Velasco Alvarado, Juan José Torres Torrijos. De aquel

camino militante venimos. Y volvimos quiere decir, también, que lo estamos retomando. (Es la marcha del Pueblo queriendo volver, Luis Illarregui Diputado Nacional del Movimiento Evita, Revista *Evita* N° 8, julio de 2006, p. 11).

La distinción con la izquierda

En este apartado se analizará la relación de la organización con distintas expresiones de lo que denominan "la izquierda" con el objetivo de profundizar en los marcos estratégicos que los movimientos construyen.

La diferenciación primaria se estructura en torno a la visión acerca del Estado. En la visión del movimiento Evita, la organización y crecimiento van de la mano de la participación activa en la gestión estatal. La izquierda es tildada de "liberal o burguesa" a partir de tener una lectura crítica del proceso kirchnerista y no insertarse en el Estado que representaría la posición "peronista".

"El movimiento tiene que estar íntimamente relacionado con el Estado. La primera diferenciación con la izquierda liberal o burguesa es esa. Nosotros vemos que el movimiento nacional se construye desde el Estado, que empieza en el compañero presidente y termina en la compañeras nuestras de cada barrio. Todo eso es el Estado. La concepción del Estado peronista" (Revista *Evita* N° 1, entrevista a Emilio Pérsico, Responsable Nacional del MTD Evita- y a Edgardo Depetri, Responsable del Frente Transversal, p. 5).

La discusión con lo que denominan "la izquierda" aparece de dos formas. La primera, es la enunciación explícita de los argumentos que le criticarán, las formas de analizar la sociedad, su falta de compromiso, su crítica al peronismo, etcétera. Existe una segunda forma en la cual se haya presente esa discusión y esta es implícita. Es decir, muchas de las argumentaciones de las organizaciones están entablando un dialogo o estableciendo respuestas ante ese otro discurso que no aparece mencionado.

Para Verón (1987) el campo discursivo de lo político implica un enfrentamiento, relación con un enemigo. Por ende, la enunciación política parece inseparable de la construcción de un adversario.

Al construir su destinatario positivo y su destinatario negativo, el enunciador político entre en relación con ambos. "El lazo con el primero reposa en lo que podemos llamar la creencia supuesta. El destinatario positivo es esa posición que corresponde a un receptor que participa de las mismas ideas, que adhiere a los mismos valores y persigue los mismos objetivos que el enunciador: el destinatario positivo es antes que nada el partidario. La relación entre el enunciador y el predestinatario cobra, en el discurso político, la forma característica de una entidad que llamaremos colectivo de identificación. El colectivo de identificación se expresa en el "nosotros inclusivo". El destinatario negativo está, por supuesto, excluido del colectivo de identificación: esta exclusión es la definición misma del destinatario negativo. El lazo con el contra destinatario reposa, por parte del enunciador en la hipótesis de una inversión de la creencia, lo que es verdadero para el enunciador es falso para el contradestinatario (...) En verdad, ese otro discurso político no es otra cosa que la presencia, siempre latente de la lectura destructiva que define la posición del adversario" (Verón, 1987: 4).

Para este autor, el discurso político es un discurso que tiene tres objetivos: de refuerzo respecto del predestinatario, de polémica respecto del contradestinatario, y de persuasión al paradestinatario.

Las dimensiones de refuerzo del predestinatario y de polémica contra el enemigo político están presentes explícitamente. La dimensión que Verón denomina de persuasión es la que aparece en términos implícitos. La idea de persuasión no se ajusta totalmente, más bien es una operación de justificación y de clausura de posibles cuestionamientos a los argumentos. De esa forma, se establece un dialogo con el otro discurso sin mencionarlo pero que estará presente en toda la argumentación.

Esto se manifestó en muchas de las entrevistas y deja entrever el conflicto que los militantes que se presentan bajo una identidad “de izquierda, revolucionaria, popular, etcétera”, tienen con otras organizaciones que se posicionan como opositoras al gobierno de Kirchner. El hecho de “ser corridos por izquierda” por su apoyo al gobierno construye el discurso de las organizaciones en el sentido que la argumentación aparece como respuesta a ese “cuestionamiento” aunque no se lo refiera explícitamente.

Una de las frases que dan cuenta de lo anterior se resume en “había que estar allí”. Esto hace referencia a ese discurso opositor que los interpela por la inclusión de las organizaciones en el kirchnerismo. Por ello, aparece una suerte de justificación no exenta de dificultades por la toma de posición.

“Pusimos todas esas organizaciones sociales al servicio del Presidente Néstor Kirchner. Y no crean que era fácil; había que ser sindicalista y estar en el seno de los gremios con salarios devaluados y con una imposibilidad objetiva del gobierno de recuperar rápidamente esos salarios. Con militantes de izquierda que agitaban por aquí y algunos otros no tan de izquierda, de la vieja burocracia sindical, que de golpe se había puesto combativa e intérprete de las necesidades de los trabajadores que agitaban por acá... Había que estar en el movimiento obrero estos dos años. Y había que estar en los barrios, donde tampoco se podía recuperar rápidamente la postración económica a la que habían sido arrojados millones y millones de argentinos y discutir con ellos por qué había que participar con Néstor Kirchner, por qué esta era la salida al drama nacional. Y había que estar en la universidad discutiendo por qué había que apoyar a Néstor Kirchner, cuando el activismo de izquierda profundamente equivocado decía que esto era lo mismo que Menem. Había que estar allí” (*En Marcha*, N° 230, Discurso de Humberto Tumini al cumplirse 18 años de la conformación de la Corriente Patria Libre, 2005).

“Había que estar en los barrios” afirman en un contexto donde la pobreza seguía siendo elevada y sostener, desde la perspectiva de organizaciones definidas como “revolucionarias y combativas”, la necesidad de apoyar al gobierno de Kirchner. Esa operación política es la que se percibe en el fondo como problemática y exige un esfuerzo de legitimación y justificación que se encuentran en una respuesta implícita y también explícita a las organizaciones “de izquierda opositoras”.

El discurso explícito en torno al “otro” del campo popular se centra en diversas estrategias. Por un lado, se remarca la idea de izquierda “testimonial” para dar cuenta de la “falta de compromiso” de esa línea política. Por otro lado, el discurso apunta a lo que denominan “la centro izquierda” o el “progresismo” como otra variante que se cuestiona por sus formas de actuar. Ambas comparten el hecho de ser oposición al gobierno.

En primer término, la izquierda “trotskista” establece los límites y la concepción de las organizaciones. Con esa línea discuten acerca del problema nacional, de la cuestión de la voluntad “real” de poder, de la estrategia y de los procesos que se desarrollan en América Latina.

La discusión que se entabla con lo que denominan la izquierda se basa en las diferentes lecturas que tienen en torno a procesos latinoamericanos que, en la visión de la organización, son desvalorizadas en pos de una construcción “idílica de los procesos revolucionarios”. Dentro de esta lógica ingresan tanto la experiencia de Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia o la de Perón en la historia nacional.

“Esta agresiva desvalorización de los procesos que los pueblos latinoamericanos van construyendo para enfrentar al modelo neoliberal impulsado por EE.UU, el capital transnacional y las clases dominantes locales esconde una visión testimonial de la lucha política y la falta de una real estrategia de poder.

El neoliberalismo capitalista en los países dependientes agrede a amplias capas de la población que abarcan desde los excluidos, los desocupados, los trabajadores, la clase media, profesionales, comerciantes hasta sectores de pequeños y medianos empresarios con contradicciones insalvables con este modelo de acumulación. Pensar que categorías como el partido de los trabajadores o un gobierno de izquierda son capaces en esta coyuntura histórica de unificar en un mismo proyecto alternativo a tan heterogéneas fuerzas sociales es abandonar la construcción de una salida política popular posible para refugiarse en la comodidad de definiciones ideológicas que no dan cuenta de la situación actual" (Revista *En Marcha* N° 193, Mayo 2003, Reflexiones).

La reivindicación de esos procesos actúa como ejemplo y se traza un paralelo con la situación local en el gobierno de Kirchner. La diferencia que establecen con la izquierda opositora es que "pretendiendo encajar la realidad dentro de su dogmático esquematismo, todo lo que no entra en él es rechazado como parte del campo enemigo. Bajo ese esquema la única organización y la única política válida es únicamente la propia y esta es la puerta de entrada al sectarismo característico de este sector de la izquierda". (Entrevista a dirigente de Libres del Sur).

El panorama político latinoamericano es tomado como arena de discusión contra el Partido Obrero que es tomado como el portavoz de la "izquierda dogmática". Al referir a estos procesos en Latinoamérica señalan que "lamentablemente para una parte de la izquierda argentina estas experiencias no son más que un trágico malentendido de las masas".

Las críticas que dicen la izquierda realiza de estas experiencias las trasladan al plano nacional. Las referencias a Venezuela o a Bolivia son pensadas en términos de lo que podría ser el gobierno de Kirchner, es decir, las utilizan de forma de sos-

tener las tesis del apoyo al gobierno y su "prédica antiimperialista".

Asimismo, ayuda a fortalecer la concepción del nacionalismo popular que las organizaciones impulsan. La contraposición con el PO y el PTS se asienta en:

"Las dificultades de Chávez provienen de las insuperables limitaciones del nacionalismo "bolivariano", incapaz de detener el derrumbe económico de Venezuela, que ha llevado a una situación desesperante de desempleo y miseria a amplias capas de la población". Los logros sociales del gobierno bolivariano, el crecimiento de la organización y la conciencia populares en el marco de la agudización de la lucha contra los sectores privilegiados son, en este análisis, simples anécdotas sin mayor trascendencia. Por eso "el PO llama a superar la experiencia de los gobiernos nacionalistas condenados al fracaso" y el PTS nos enseña que "las masas de Venezuela necesitan una dirección obrera independiente del nacionalismo de contenido burgués". Por nuestra parte nos animamos a expresar que una gran parte del pueblo argentino en lucha no vería nada mal transitar un proceso de "fracasos" como el de la revolución Bolivariana." (Revista *En Marcha* N° 193, mayo 2003, Reflexiones).

En cuanto a la concepción sobre el peronismo la discusión sigue por carriles similares. Mientras observan que "la izquierda" lo pensó como un proceso contrario a las ideas revolucionarias, las organizaciones que aquí analizamos plantean que debe pensarse como que fueron, en sus respectivas etapas históricas, "las herramientas más elevadas, concretas y útiles que el pueblo argentino se dio para lograr satisfacer sus demandas y aspiraciones como Nación".

No compartimos en absoluto aquellas visiones de la izquierda tradicional argentina, en particular las del trostkismo local, que desde aquellos tiempos de surgimiento del movimiento peronista hasta hoy, repiten el discurso gorila y de incompre-

sión absoluta de la cuestión nacional, con aquello de que 'para que avance la clase obrera es preciso aniquilar la identidad peronista' partiendo de la premisa de que se ha tratado desde sus orígenes de una 'loza ideológica' a combatir. (*En Marcha* N) 191, FEBRERO DE 2003, ACERCA DE LA DESINTEGRACIÓN DEL PERONISMO).

El otro límite con la izquierda lo constituye lo que denominan "el progresismo". Aquí la crítica se centraría en lo que interpretan una mirada "purista" de la política y una retórica que no se condice con las prácticas políticas. El "progresismo", de esta forma, en la interpretación de las organizaciones centra su discurso en temas como la corrupción y la escasa división de poderes y deja de lado la cuestión económica y del rol del Estado. La principal exponente de esta corriente la constituye Elisa Carrió.

Para los militantes la discusión con este sector estaría "clausurada" al marcar que en este momento se estaría ante una nueva versión de la Unión Democrática puesto que estos sectores establecerían una alianza con los partidos más reaccionarios en oposición al kirchnerismo, impidiendo de esa forma la consolidación del proyecto nacional.

La distinción en el espacio nacional popular. Movimientismo y alternativismo

A partir de lo desarrollado anteriormente se puede observar que más allá de algunas divergencias en cuanto a la interpretación de alguna figura histórica, las lecturas de los movimientos Evita y Libres del Sur guardan una estrecha relación. ¿Cuál es entonces la diferencia entre estas dos organizaciones? ¿Sobre qué se estructura esa diversidad? ¿Qué implica en el posicionamiento político del presente que el Evita tenga una tradición peronista y Libres del Sur una de "izquierda nacional"?

La tarea entonces en conjunto era, por un lado, organizar ese "gran movimiento nacional" todavía disperso producto de los "años neoliberales" y, por

otro, trazar una estrategia política que permita el crecimiento y desarrollo del movimiento y el avance del proceso inaugurado por Kirchner en 2003.

No obstante, ¿cómo entienden los movimientos la puesta en práctica de esa estrategia política? ¿Qué implica la inserción? ¿Cuál es el grado de relación que tendrá la organización con el kirchnerismo o el Partido Justicialista?

Este último punto resulta esencial para comprender las estrategias. La diferencia esencial entre ambos movimientos tiene su eje en la lectura del pasado, el presente y las posibilidades futuras del Partido Justicialista de ser el encargado de liderar una frente nacional popular antiimperialista.

Por ello se pueden observar dos posicionamientos: el movimientismo y el alternativismo (Lanusse, 2005). El primero, que caracteriza al movimiento Evita, se destaca por relegar a un segundo plano las diferencias dentro del Justicialismo. Plantean la existencia de "traidores", pero afirman que la propia dinámica de la lucha los obligaría a sumarse a la misma o a quedar relegados. Según esta estrategia el proceso de crecimiento de las organizaciones populares debería darse a expensas de otros sectores más reaccionarios que también son parte del kirchnerismo y estaría destinada a trascender la propia construcción del kirchnerismo, resignando sus elementos reformistas dándole poder a sus elementos revolucionarios. En este marco, la idea central sería una disputa entre una suerte de izquierda y derecha, como una continuidad de la lucha de los setenta, pero actualizada hacia dentro del kirchnerismo.

De esta forma, la estrategia movimientista alude a colocar como eje central la reconstrucción del movimiento nacional. Con ese fin posicionan a la contradicción principal por fuera del kirchnerismo y dejaría en un segundo plano los enemigos adentro.

Este posicionamiento de apoyo a la gestión presidencial, es uno de los elementos que más claramente definen al movimiento. El planteo de la organización se asienta en que en esta etapa de avan-

ce popular no sirve de nada quedar fuera del Estado, sino que interesa ir adentro para explotar las posibilidades que abre la gestión. La idea del “Estado neoliberal enemigo” queda al margen para reconocer que la actual direccionalidad del Estado va de la mano de los intereses populares y la mejor forma de canalizarlos es a través de la participación en esas estructuras.

De esta manera, aparece con fuerza la idea de introducir el conflicto social en las estructuras estatales. En este punto se puede observar el cambio de visión con respecto a los anteriores gobiernos de Argentina. La idea de introducir el conflicto en el Estado sólo es posible a partir de una lectura clara que en esta etapa el gobierno es afín a los objetivos del movimiento.

Lo que define al movimiento Evita entonces es su encuadramiento en la conducción del presidente Kirchner. En particular la estrategia del movimiento –muchas veces controversial al interior– consiste, desde su mirada, en no “plantearse ser el ombligo del mundo”, repitiendo lo harían los partidos de izquierda o ciertos grupos que hacen una política oportunista consistente en negocios para la fuerza propia mientras dure la declamación de adhesión. Esto último es una crítica hacia otra de las organizaciones populares que comparte la inserción en el kirchnerismo como es Libres del Sur.

Por otro lado, lo que denominamos estrategia alternativa se caracteriza por adherir a los lineamientos del kirchnerismo, pero descartan cualquier tipo de convivencia dentro del Partido Justicialista con sectores identificados como “retrógrados” y “ligados a los noventa”.

A diferencia del movimiento Evita, Libres del Sur, descarta cualquier mínima posibilidad de “recuperar el potencial transformador del PJ”. En ese marco no hay una lucha posible adentro puesto que el partido es leído como parte de la política a combatir. Aquí se invierte la interpretación del peronismo, mientras el Evita plantea la disputa dentro del

partido a pesar de los elementos retrógrados que existen en él, Libres del Sur apunta al abandono de esa estructura partidaria a pesar de los elementos revolucionarios que están dentro.

En este sentido, Libres del Sur exalta como valor la autonomía como principio esencial para la organización. Esta postura tomó cuerpo en la oposición del movimiento a la decisión de Kirchner de reorganizar el Partido Justicialista y asimismo, en ocasiones critica o cuestiona las decisiones de la conducción.

“Específicamente nosotros siempre mantuvimos nuestra organización y no nos diluimos en otra organización y, en segundo lugar, cuando hubo políticas en las que nosotros no estuvimos de acuerdo haríamos público el desacuerdo nunca resignamos eso y así fue como en el 2004 el gobierno nos llama y nos ofrece un lugar en el gobierno. Lo discutimos internamente si era bueno o no acordar con el gobierno y decidimos que si y aprovechamos toda la construcción política de la gestión para hacer experiencia de gobierno y entonces nos incorporamos” (Entrevista a Dirigente de Libres del Sur).

La anterior discusión en torno al posicionamiento con el PJ ha tendido a dividir en forma más acentuada estas organizaciones. Luego del denominado “conflicto del campo” en donde se amalgamaron las diferencias internas del “campo nacional popular”, dejando en suspenso los posicionamientos públicos de Libres del Sur, en el mes de febrero, objetando la reconstrucción del PJ. Aquí volvieron a primer plano las diferencias sobre cuál debe ser el eje que organice la transformación política. El movimiento Evita apostó fuertemente a participar de la interna del PJ y Libres del Sur abandonó la coalición con el PJ. De hecho rompen en la provincia de Buenos Aires con el Frente Para la Victoria a partir de discusiones con el gobernador Daniel Scioli, formando un bloque unipersonal en la legislatura bonaerense y luego se irán del gobierno nacional y del bloque del Frente Para la Victoria.

Esto trae aparejada una tensión para ambas posiciones. La postura movimientista y su intención de jugar dentro del PJ tiene como desafío intervenir en un espacio político amplio en el cual no es hegemónico. A su vez ¿cuál es la capacidad de los movimientos de influir en las agendas? Por otro lado, es claro que la vinculación e inserción en el gobierno le ha dado un crecimiento y una capacidad de respuesta mucho mayor con sus bases.

Por otro lado, la estrategia alternativista, se encuentra ahora en una encrucijada. ¿Cuáles son los costos para la organización de romper con el kirchnerismo? En esta situación se puede observar la relación de tensión existente entre identidad y estrategia para el problema de la estrategia política. El problema se da en que si los movimientos se centran en lo estratégico perderán su identidad y resguardar su identidad los hará no jugar estratégicamente. En el primer caso el movimiento social fracasa porque al entrar en contacto con su medio circundante político, en vez de transformarlo es transformado por él. La visión de cambio, la identidad no negociable del movimiento social se pierde ya que éste se toma parte del sistema al que originalmente quería transformar y deja así de encarnar la promesa de una nueva forma de hacer política (Munck, 1995: 31).

El riesgo para la posición movimientista al ingresar en la arena político-institucional estaría dado por la pérdida de autonomía. En este escenario las estrategias abruman y empiezan a dominar las acciones del movimiento dando como resultado que el movimiento sea cooptado desde arriba. En ese caso deja de ser un movimiento orientado al cambio y pasa a ser un actor incorporado dentro de un sistema político-institucional, en una relación dependiente que pierde la capacidad de promover una lucha sobre cuestiones de principios (Munck, 1995: 31).

En tanto, la estrategia alternativista tiene como problema que se desatienda la estrategia en busca

de preservar la identidad del movimiento. “El refugio” de la identidad puede ser que genere la vuelta de la organización a una etapa de repliegue.

Esto último se propone una primera reflexión en torno a la encrucijada en la que se encuentran los movimientos insertos en el kirchnerismo, puesto que es una instancia abierta y en proceso. En este sentido Munck (1995) plantea que el manejo exitoso del problema de la estrategia política depende de la habilidad de los organizadores para confrontar el peligroso problema de los medios y los fines al llevar a cabo acciones estratégicas, de manera tal que los medios escogidos sean consistentes con la identidad y las metas del movimiento. El desafío consiste en mantener un delicado equilibrio entre la necesidad de afirmar aquellos objetivos no negociables que hacen que las demandas de cambio se transformen en conflictos sobre objetivos y que eliminen la posibilidad de una acción puramente instrumental. El cambio sólo puede darse adaptando la identidad en relación a una estrategia adecuada que permita la acción estratégica sin perder los objetivos centrales de la organización.

Reflexiones finales

En el comienzo del trabajo planteamos una serie de cuestionamientos a algunos estudios sobre la dinámica de los movimientos sociales en la etapa posterior al 2003. Allí encontramos explicaciones del posicionamiento de las organizaciones nacional populares a partir de la hipótesis de la cooptación en dos versiones. La primera más extrema que habla de cooptación lisa y llanamente y una segunda que tiene como base el mismo supuesto pero no es tan tajante en su formulación. Ambas comparten la limitación de ver un actor pasivo en los movimientos sociales insertos en el kirchnerismo. De esta forma o fueron cooptados o manipulados por el Estado. Además de la pasividad que supone este enfoque también es una mirada “desde arriba” del pro-

ceso político abierto en 2003. Esta interpretación no posibilita comprender la heterogeneidad del campo nacional popular que, como se intenta mostrar en esta presentación, no es un espacio político homogéneo sino más bien diverso en tradiciones, trayectorias, interpretaciones y posicionamientos.

Se presentó entonces una mirada desde abajo e historizando el proceso a partir de un análisis del discurso de las organizaciones para analizar cómo se constituyó el enemigo político en la etapa abierta con la presidencia de Kirchner.

Retomando algunos elementos teóricos desarrollados al comienzo se observó una desarticulación (Laclau, 2005) central en el discurso de los movimientos. Esta está relacionada con la idea y significación que el Estado tenía en las organizaciones. El significante Estado aparecía ligado a neoliberalismo y a opresión de clases dominantes en lo que, siguiendo al autor, habría constituido una cadena equivalencial durante el período previo a 2003. Esta ruptura de significantes ligados en un momento se rearticula dando lugar a una nueva articulación centrada ya en la idea de un Estado como espacio de posibles transformaciones.

En esta nueva etapa la idea del Estado aparece sumada a un elemento central de la identidad primigenia de las organizaciones que es el tema de antiimperialismo. De hecho, este concepto, que está presente desde los orígenes, aparece como un punto nodal del discurso (Laclau, 2005) nacional popular posterior a 2003. Este aglutina o hegemoniza otros significados como la lucha por los derechos humanos, la reconstrucción del Estado, la lucha contra el neoliberalismo, el retorno del peronismo a su lugar de movimiento nacional popular que enfrenta a las fuerzas reaccionarias, que permite una articulación política que refunda la identidad del movimiento enlazando su tradición nacional y popular y articulándola con una forma de construir lo que para la organización es el kirchnerismo.

De esta forma, en lugar de observar ruptura, abandono de la resistencia y cooptación por parte del Estado, podemos ver como las tradiciones político ideológicas y los significantes centrales de la identidad de las organizaciones trazan una línea de continuidad en la inserción en el gobierno de Kirchner.

Como se intentó mostrar esta inserción tiene que ver con una forma de interpretación del proceso histórico en donde el proceso abierto en 2003 es leído en términos de una oportunidad política a partir de una identidad que tenía y tiene como eje central la cuestión nacional y la lucha antiimperialista.

Por otro lado, este posicionamiento no podría entenderse sin tener en cuenta la alteridad, las fronteras identitarias (Aboy Carlés, 2001) que la organización construye con respecto a "los otros", ya sean dentro del espacio de "la izquierda" como de los enemigos políticos de la "derecha".

En el proceso de constitución de antagonismo se observó como se conjuga lo sedimentado y cómo se reactualiza en el presente. Allí aparecen los significantes históricamente aprendidos como Oligarquía, Pueblo, Patria, Colonia, Imperialismo, etc. y cómo se articulan en el presente para dar sentido a ese magma de sentido que constituye "lo social".

Ese cuestionamiento se articula con la visión latinoamericanista que les permite construir un puente entre la revolución cubana, la revolución bolivariana de Venezuela y el gobierno de Kirchner. En esta lectura el gobierno de Kirchner abre una puerta a un cambio de correlación de fuerzas a favor de las mayorías. Las diferencias con el chavismo las explican en que por las especificidades del proceso político argentino en el cual "el embate del campo popular no rompe la identidad tradicional, sino que produce al interior del peronismo".

Esta línea de continuidad es interesante verla también con las rupturas que aparecen. El formar parte del gobierno e insertarse dentro de un movimiento heterogéneo como es el kirchnerismo obli-

ga a solapar los elementos más disruptivos de su identidad que son reemplazados por la idea de la etapa de avance popular que les permite insertarse en un gobierno "reformista" con una identidad "revolucionaria".

Bibliografía:

-ABOY CARLÉS, G., *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Homo Sapiens, Rosario, 2001.

-ARDITI, B. "El devenir-otro de la política: Un archipiélago post-liberal", en ARDITI (ed.), *Democracia post-liberal? El espacio político de las asociaciones*, Editorial Anthropos, Barcelona. Pp. 219-248. <<http://arditi.googlepages.com/ArditiPostLibSp.pdf>>; 2005.

-ARDITI, B., "Post-hegemonía: la política fuera del paradigma post-marxista habitual", mimeo. <<http://arditi.googlepages.com/ArditiPost-hegemonia-carta.doc>>, 2007.

-BIGLIERI, P. y PERELLÓ, G., *En el nombre del Pueblo. La emergencia del populismo kirchnerista*. Editorial de la Universidad de San Martín, Buenos Aires, 2007.

-GRIMSON, A., "La experiencia argentina y sus fantasmas", en GRIMSON, A. (comp.) *La cultura en las crisis latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires, pp. 177-193, 2004.

-LACLAU, E., *La razón populista*. FCE, Buenos Aires, 2005.

-LACLAU, E., *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1990.

-Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista*. FCE, Buenos Aires, 2004.

-LANUSSE, L., *Montoneros, el mito de sus doce fundadores*, Vergara, Buenos Aires, 2005.

-MOUFFE, Ch., *En torno a lo político*. FCE. Buenos Aires, 2007.

-MUNCK, G., "Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales", en *Revista Mexicana de Sociología* Núm. 3/1995, p.17-39, 1995.

-MUÑOZ, M. A. y RETAMOZO, M., *Hegemonía y Discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de "pueblo" en la retórica de Néstor Kirchner* en *Revista Perfiles Latinoamericanos*, Nº 31, México. Pp. 121-149, 2008.

-MUÑOZ, M. A., "Laclau y Rancière: algunas coordenadas para la lectura de lo político", *Andamios. Revista de Investigación social*. Pp.119-144, 2006.

-PEREYRA, S., PÉREZ, G. y SCHUSTER, F., *La huella piquetera*, Ed. Al Margen, Buenos Aires, 2008.

-RETAMOZO, M., "Movimientos sociales y orden social en América Latina. Sujetos, antagonismos y articulación en tiempos neoliberales", *Revista Desde el Fondo* Nº 38, 2006.

-SCHUSTER, F., "Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva", en Schuster y otros (comps.) *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Prometeo, Buenos Aires, 2005.

-VERÓN, E., "La palabra adversativa" en *El discurso político. Lenguajes y Acontecimientos*, Ed. Edicial, Buenos Aires, 1987.